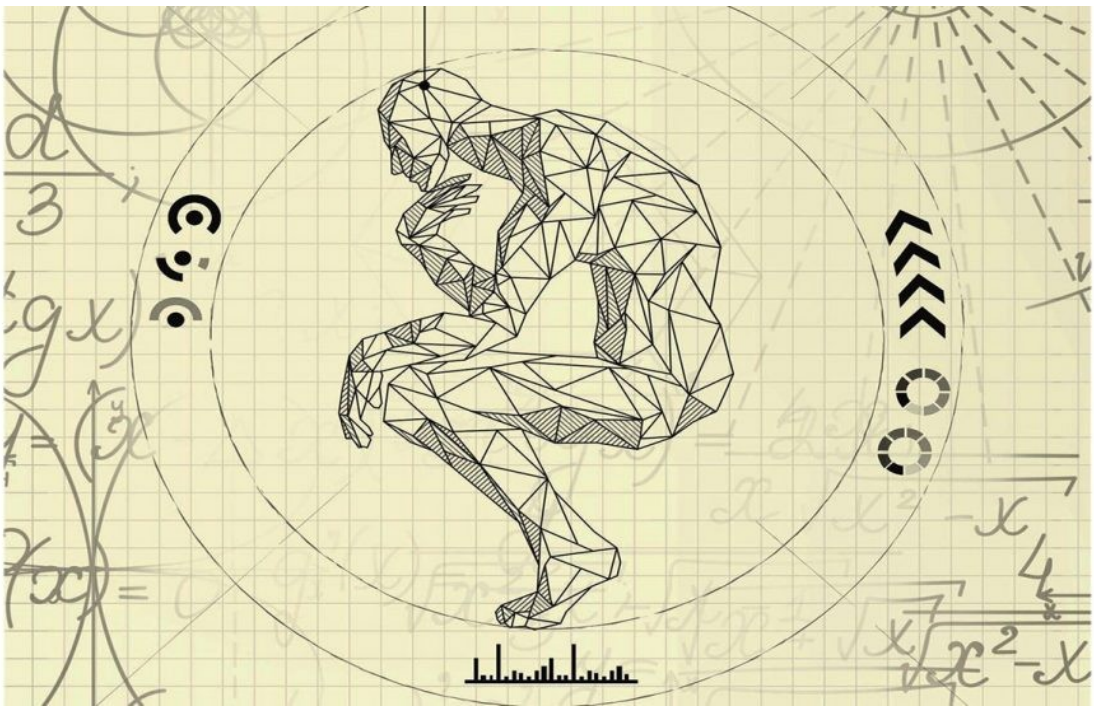
FILOSOFÍA



UNIDAD 1

¿Qué es la filosofía?

¿Qué es la filosofía?

Si existe una materia cuya inclusión en los programas de estudio ha sido discutida por cada nueva generación, esta es, sin dudas, la filosofía. En un mundo donde prima lo técnico, lo práctico, donde todo se juzga con el criterio de la utilidad, esta extraña disciplina parece venir a romper todos los paradigmas, haciéndonos buscar problemas donde parecía no haberlos. Sin embargo, la firmeza de su presencia nos hace preguntar qué tendrá, en el fondo, para sobrevivir a los siglos y a los intentos por acallarla. ¿Será tan así? ¿Se tratará de un tipo de reflexión realmente inútil? ¿U ocurrirá más bien que los ojos poco entrenados no llegan a ver algo por lo que, evidentemente, hombres y mujeres de todas las generaciones, han tenido especial aprecio? Para responder a estas preguntas quizás sea interesante, primero, intentar definir de qué estamos hablando.

Que hable Darío Sztajnsrajber:

> *¿Por qué todo?*
>
> *Gente. ¿Quién es toda esta gente? ¿A dónde van? ¿De dónde vienen? ¿Por qué coincidimos todos en este colectivo hoy, ahora? Podría haber sido de otro modo, pero fue así. ¿Y por qué fue así? ¿Por qué hay colectivos, asientos, timbres, carteles, hombres? ¿Por qué somos así? ¿Qué es todo esto? ¿Qué pasará después? ¿Hay algo más? ¿Por qué hay cuando pudo no haber habido nada? ¿Pudo no haber habido nada? ¿Qué significa que algo pudo no haber sido? ¿Es lo mismo «habido» que «sido»? Pudo no haber habido nada, ¿pero qué es la nada? ¿Puede darse la nada? ¿Y cómo? Sube y baja la gente de este colectivo. Viaja. No se oye nada. Todos en silencio. ¿Qué estarán pensando? ¿Cómo funciona internamente en cada uno de nosotros el pensamiento? ¿Pensamos igual? La señora que lleva los estudios médicos junto a su cartera tiene mucha cara de preocupada. ¿Le habrá dado mal un examen? ¿Se estará por morir? Morir. Otra vez la nada. ¿Puede viajar alguien en un colectivo si se estuviese por morir? ¿Y por qué no? ¿Qué haría yo si me enterase de que me quedan pocos días de vida? ¿Qué haría? ¿Haría? ¿Haría algo? ¿De cuántos días hablamos? ¡No, no quiero pensar en esto! ¿Pero se puede dejar de pensar? Me dan ganas de abrazar a la señora. La veo tan tensa, tan preocupada. ¿Y si estoy viendo mal? ¿Y si los estudios dieron bien y la señora está muy feliz porque hoy va a ver a sus nietos, pero yo no interpreto el gesto de su rostro? ¿Y si todo fuese al revés? ¿Tanto me puedo equivocar? Este colectivo avanza despacio y mi cabeza vuela. ¿Qué son estas preguntas? ¿Por qué no puedo viajar tranquilo como aquel joven que mueve el cuerpo al compás de sus auriculares? ¿Pero cómo sabemos que al mismo tiempo que danza con la música no está también pensando? ¿Y pensando en qué? Hay una diferencia entre pensar en algo concreto y pensar que estoy pensando. Puedo*

pensar cómo me conviene eludir a toda esta gente para llegar a tiempo a tocar el timbre o puedo pensar por qué tengo que eludir a la gente para llegar a tiempo a tocar el timbre. Puedo pensar qué debo comprar en el supermercado para preparar la cena o puedo pensar por qué los seres humanos tenemos que comer y para comer tenemos que ingerir alimentos y para ingerir alimentos tenemos que comprarlos y para comprarlos tenemos que trabajar. ¿Por qué? La pregunta por el por qué. Una de las tantas maneras de pensar: la pregunta por el fundamento. Todo parece tener que tener un fundamento. Todo tiene un por qué, una razón de ser, una causa, un sentido. Todo parecería tenerlo. ¿Pero es así? ¿Estamos seguros? ¿Todo tiene un por qué? ¿Pero por qué todo tiene un por qué? ¿Y por qué todo tiene que tener un por qué? Y si todo tiene un por qué, ¿el todo tiene un por qué? ¿El todo? ¿Cómo llegó este término aquí adentro? ¿Adentro? Mejor vuelvo a la señora y dejo este juego de palabras. ¿Pero hay algo que no sea un juego de palabras? Ya no la quiero abrazar. Algo en su gesto no me cierra. ¿Pero por qué todo tiene que cerrar? ¡Otra vez el todo! A ver, ¿el todo tiene un por qué? Y si suponemos que lo tiene, ¿dónde estaría ubicado? No podría estar «afuera» ya que es el todo; y si es el todo, no hay nada afuera. Quiero decir que si nos tomamos en serio la idea de todo, nada puede serle indiferente. El todo tiene que contener todo, con lo cual si hubiere un «afuera», esto solo nos demostraría que este todo, no lo es todo... La cabeza vuela. Los viajes largos permiten una escapada, un salirse de lo cotidiano; o más bien, un salirse desde lo cotidiano a lo que también nos interpela. Una señora con unos estudios médicos puede ser la punta del ovillo de una historia personal o de la historia del todo. Es que la señora es parte del todo, porque si no lo fuera, el todo ya no sería el todo, sino que sería el todo menos una señora con estudios médicos, y por ello ya no sería el todo. Ahora bien, ¿cuál es el fundamento del todo? O mejor dicho, ¿cuál es el fundamento de todo? Creo que voy a abandonar la palabra todo por unos minutos. Se me fue desdibujando, perdiendo forma. Todo es un juego de palabras y en un juego a veces los objetos pierden su referencia y aunque sea desde el absurdo se liberan. Estoy mirando demasiado a la señora y me está sucediendo lo mismo que con la palabra todo. Mejor me voy por otro lado: ¿qué es un fundamento? En principio podríamos decir que un fundamento es un conjunto de palabras que intenta dar razón a otro conjunto de palabras. La única condición que parece que hay que satisfacer es que se trate de otro conjunto de palabras, de una otredad, de una diferencia. La frase «Llueve porque llueve» no explica nada. La frase «Llueve porque Dios llora» en cambio, nos guste o no, brinda una explicación. Otra cosa es cómo y por qué se justifica. Pero entonces, si el fundamento del todo está en el todo no se satisfaría este requisito; y a la inversa, para que haya un por qué del todo,

necesitaríamos que haya un afuera o por lo menos una otredad. Pero otra vez, si hay un afuera, ya no sería el todo. ¿Volví al tema? Viajar en colectivo es una adicción... ¿Y si nos animáramos a pensar que el todo tal vez no tenga fundamento? Supongamos que todo lo que hay en el mundo tiene un por qué, menos el todo. Supongamos que en última instancia no es posible un fundamento del todo, ¿nos resultarían igualmente válidos los fundamentos parciales? Puedo explicar todo menos el todo. Entiendo el fundamento del miedo de la señora, del colectivo, del viaje, del timbre, del sonido, hasta de la propia condición humana; pero no puedo dar respuesta a la última pregunta, a la pregunta por el porqué de todo. Si así fuera, ¿seguiría habiendo un sentido? ¿Se puede tolerar que todo tenga sentido menos el todo? Hay sentido en este timbre que oigo, en el rostro ausente de la señora que fue al médico, e incluso puede haber un sentido en la clonación y en la mutación genética, pero si el último, último sentido, el sentido de todo, el sentido del todo se nos difumina: ¿podemos seguir hablando de sentido? ¿Podemos seguir encontrando sentido en el timbre, en la señora, en el rostro, en la clonación, en la pregunta? Claro que habría otra opción: ¿y si no hay un todo? ¿Y si el todo no es más que una palabra? Odio cuando me empujan para pasar. A la señora le pasa lo mismo porque está insultando desencajada. Pero más me molesta cuando tocan el timbre repetidas veces. Creo que me molesta todo. El colectivo se detiene. La puerta se abre. Siempre se abre y alguien baja. Tal vez se pueda pensar la vida entera como un eterno viaje en colectivo. Creemos que nos dirigimos hacia algún lugar concreto cuando en realidad lo único que importa es el viaje mismo porque en definitiva siempre estamos viajando. Viajar. No sabemos desde dónde y menos hacia dónde, pero nos movemos. O nos mueven. La vida es ese movimiento que además se desenvuelve en ciclos biológicos o con ciertas lógicas: en principio, nacer, crecer, degradarse y morir. Nacer como en próximas horas el hijo de esa joven embarazada. Nadie le daba el asiento hasta que su tos reparó la atención de un señor que cedió su lugar. ¿Por qué nadie la veía? El colectivo es casi una metáfora del todo, aunque por suerte a veces se detiene y bajamos. Bajamos para subir a otros. Una vez alguien me dijo que los bebés antes de nacer estaban en el mismo lugar que los muertos. Extraño circuito de las almas que vienen a este mundo de paseo. A viajar en colectivo. En este colectivo que sigue lento y el tiempo se vence. ¿Se vencerá el tiempo alguna vez? ¿Terminará? No tiene lógica, ¿no? ¿Qué significa que el tiempo acabe? ¿Cómo sería el tiempo después del tiempo? ¿Sería como ese lugar que no es un lugar donde se está previo y después de la vida? Pero entonces, ¿hay algo más allá de acá? ¿Hay algo más? ¿O sea que no hay un todo? ¿El tiempo es el todo? ¿El todo incluye el más acá y el más allá? ¿Y cómo sabemos desde el más acá que hay un más

allá? Imposible. ¿Pero qué es lo imposible? Me pasé de parada. Si esto es hacer filosofía, creo que empezaré a disfrutar algo de mis angustias; aunque claramente llegaré tarde a todo...[1]

Por lo pronto, habrá quedado claro que hacer filosofía tiene mucho que ver con preguntar. Pero observemos que el tipo de preguntas que hace la filosofía es distinto a otro tipo de interrogantes. El preguntar filosófico tiene una profundidad diferente, que nos conduce a desautomatizar, a problematizar, a no aceptar ni a asumir nada como obvio, como dado, como evidente. La filosofía nos invita a dudar, que es una de las manifestaciones del pensamiento. Y no a pensar superficialmente, sino siempre buscando el fundamento último de todas las cosas.

Características del preguntar filosófico

En base a lo dicho, es posible caracterizar los modos propios del cuestionamiento filosófico a través de las siguientes tipologías:

- **EL SABER MÁS PROFUNDO**: El preguntar filosófico se diferencia de las interrogaciones cotidianas pues intenta trascender el nivel de la anécdota. En efecto, cuando algo nos despierta curiosidad en la vida corriente, nuestras elucubraciones no van más allá de la búsqueda de una respuesta segura, contundente y concreta. Preguntamos a qué hora sale el micro, pretendiendo que se nos informe un horario específico que cumpla con nuestra finalidad de no perder nuestro medio de transporte. Preguntamos dónde está la abuela, para tener la tranquilidad de que no se ha extraviado. Preguntamos de qué está hecha la torta, pues no queremos que nuestro amigo celíaco tenga problemas al comerla. Es decir que son las cuestiones prácticas las que nos llevan a querer conseguir una contestación. En cambio, si nos dedicamos a la ciencia, no solo buscaremos registrar un determinado fenómeno, sino también explicarlo. Es decir, iremos en busca de sus causas. ¿Por qué las personas de cierta edad son propensas a sufrir infartos? El profesional que se dedique a la investigación de este tipo de fenómenos buscará comprenderlos a través de encontrar las causas que lo provocan. Así relacionará estos episodios con la ingesta de grasas, por ejemplo. Y una vez que haya encontrado la correlación más adecuada, podrá decir que ha cumplido con su trabajo.
  En filosofía, sin embargo, no alcanza con hallar los motivos inmediatos. El filósofo dará siempre un paso más allá, e indagará por la causa de la causa. Y repetirá este ejercicio hasta que logre – o piense que ha logrado- arribar a una explicación última, final; que aluda a los primeros principios. A afirmaciones más allá de las cuales no es posible ir.
- **ANÁLISIS DE LO OBVIO:** Mientras algunas personas evitan tratar ciertos temas por considerarlos obvios, el filósofo invierte la pregunta y cuestiona si lo que sucede, en realidad, no es más bien que hay cosas que nos parecen obvias tan solo porque no las tematizamos. En efecto,

[1] Sztajnsrajber, Darío; *¿Para qué sirve la filosofía?,* Planeta, Buenos Aires, 2013

quien se dedica a la filosofía problematiza asuntos que en principio parecían no encerrar problemas. Su análisis más cuidadoso y delicado, lo lleva a advertir inconsistencias o aspectos no explicados en asuntos que, por razón de su trato cotidiano, se aceptan acríticamente. No hay para el filósofo nada que deba ser pasado de largo sin antes aplicar en ello el poderío de la fuerza fundamentadora y crítica de la razón.

- **RUPTURA CON LA MIRADA INGENUA DEL MUNDO:** La costumbre, el hábito, la repetición constante de ciertas rutinas, nos vuelven insensibles a la posibilidad de ejercer sobre ellas un elemento fundamental para poder conocer con profundidad las cosas: la sospecha. A diario tenemos sobre los eventos una mirada cándida, ingenua. Creemos que lo que ocurre, ocurre porque sí; que las cuestiones humanas responden tan solo a una azarosa disposición tamizada por el tiempo. Sin embargo, la práctica de la interrogación filosófica puede entrenarnos para obtener la agudeza necesaria para advertir que, en lo que parece dispuesto por la casualidad, existen ocultos, muchas veces, intereses y ejercicios de poder. Que lo que inocentemente aceptamos sin siquiera osar cuestionar, puede encerrar operaciones que pretender coartar nuestra libertad en favor de los beneficios de otros. En este sentido, la filosofía puede ayudar a despertarnos de nuestro crédulo sueño.
- **ELEVACIÓN DEL PUNTO DE VISTA:** quienes se dedican a cualquier tipo de actividad lograrán mayor éxito en tanto y en cuanto hagan lo necesario para especializarse cada vez más. Es que, en materias prácticas, esto es lo que exigimos de cualquiera que se dedique a una tarea: que sepa exactamente lo que está haciendo. De hecho, con el paso del tiempo, el saber se fue ampliando de un modo tal que los individuos prácticamente no pueden hacer más que reducir su campo de acción, logrando una cada vez mayor excelencia en sus funciones. Esto puede tener enormes ventajas: de repente podemos toparnos con problemas que solo algunas personas con conocimientos específicos pueden resolver; y de seguro, si son avezados en su tarea, nos gustaría recurrir a ellos y a no a otros que no dominan su especialidad con precisión. Sin embargo, esta tendencia a lo particular ha hecho que muchas disciplinas pierdan la capacidad de obtener sobre los fenómenos puntos de vista más abarcativos. Por este motivo, podemos pensar a la filosofía como otorgando, desde sus análisis y reflexiones, una mirada de águila. Desde la altura metafórica que permite el nivel de generalidad que maneja, puede hallar relaciones que, a la altura del suelo de las especializaciones, no es posible ni siquiera sospechar. La práctica filosófica posibilita conectar elementos que no parecen conectados a simple vista.
- **ACTITUD REFLEXIVA:** Reflexionar se define como pensar y considerar un asunto con atención y detenimiento para estudiarlo y comprenderlo bien. Sin embargo, en la raíz etimológica de la palabra está la idea de “reflejo”. Reflexionar es revisar los propios pensamientos, como quien se observa en un espejo y puede así examinar su propio rostro. Y a ello nos dirige la interrogación filosófica. Pues quien hace filosofía, no solo puede conocer el mundo, la realidad, sino que puede acercarse también a una

comprensión de sí. Pues, para saber cómo es el mundo, no basta con considerar sus características, sino también tener en cuenta las de aquel que lo conoce. Una metáfora interesante para comprender esto resulta de pensar en alguien que llevara colocadas, desde su nacimiento unas gafas azules. Para esta persona, el mundo será, inevitablemente, azul. Pero si acaso alguna vez pudiera verse al espejo, advertiría que hay algo en él que lo lleva a filtrar la realidad de ese modo. Con ello, contaría con mejores herramientas para decodificar cuánto de lo que ve pertenece a su contexto y cuánto está aportando él mismo. Pensemos en una cierta teoría, por ejemplo. Si uno ve todo a la luz de una convicción religiosa o ideológica, quizás observe y categorice el mundo de un modo diferente que si no contara con esa estructura mental. De este modo, la reflexión le permitiría "quitarse" esos filtros teóricos y apreciar elementos novedosos, diferentes.

- **ACTIVIDAD RACIONAL:** En la filosofía no cabe la fe, la intuición ni ningún otro modo de justificación del conocimiento que no sean las herramientas de la razón. Las preguntas filosóficas muchas veces se diferencian de las de otros ámbitos del saber justo por esta cualidad. Es posible hablar de Dios, por poner un caso, apelando a la fe. Decir cosas como que aceptamos su existencia "porque lo sentimos en el corazón". Esto está muy bien para la religión, pero no serviría como una respuesta filosófica. Si, en cambio, yo llegara (y no "partiera de") a la afirmación de un ser todopoderoso, pero a través de un ejercicio racional (por ejemplo, arguyendo que, si todo tiene que tener una causa dentro de la realidad, entonces también la realidad como un todo debería tener una - a la que podríamos denominar "Dios" –) entonces sí estaría haciendo filosofía. Como queda claro, la filosofía no tiene que ver con el objeto de estudio a tratar, sino con el modo que se utiliza para tratarlo. Y ese modo es el racional.

Utilidad de la filosofía

Pongamos que acordamos con estas ideas. Pero, aunque así fuera, seguiría flotando la eterna pregunta por la utilidad. ¿Para qué este extrañamiento que conduce a querer hallar los principios mismos del mundo, de nuestro modo de conocerlo y aún de nuestras acciones? ¿No es mejor acaso, en procura de nuestra felicidad, librar nuestra mente de preocupaciones? ¿No recomienda la prudencia que hallemos soluciones en vez de problemas? Estos interrogantes son absolutamente legítimos. Por eso es una buena idea leer a quienes, habiendo dedicado su vida a esta tarea para muchos incomprensible, tienen algo para decir al respecto. Como Simon Blackburn:

¿De qué nos sirve?

Todo eso está muy bien, pero ¿por qué molestarnos? ¿De qué nos sirve? La reflexión no es lo que mueve el mundo. No nos da de comer ni hace que vuelen los aviones. ¿Por qué no dejamos a un lado los problemas de la reflexión y seguimos adelante con lo demás? Me gustaría esbozar tres tipos de respuesta, de distinto nivel de abstracción: alto, medio y bajo.

La respuesta de alto nivel cuestiona la propia pregunta —una estrategia típicamente filosófica, porque implica subir un grado de reflexión—. ¿Qué queremos decir cuando preguntamos de qué nos sirve? La reflexión no da de comer, pero tampoco la arquitectura, la música, el arte, la historia o la literatura. Deseamos comprendernos a nosotros mismos, eso es todo. Es algo que deseamos por sí mismo, igual que un científico puro o un matemático puro desean comprender el origen del universo o la teoría de conjuntos, o un músico desea resolver un problema de armonía o de contrapunto. No tenemos la mirada puesta en ninguna aplicación práctica. Buena parte de la vida se nos va en proyectos como el de criar más cerdos para comprar más tierra, de modo que podamos criar más cerdos y podamos comprar más tierra... El tiempo que nos queda, sea para la música o las matemáticas, o para leer a Platón o a Jane Austen, es un tiempo que hay que cuidar. Es el tiempo que dedicamos a mimar nuestra salud mental. Y nuestra salud mental es algo bueno en sí mismo, como la salud física. Además, también existe una retribución en términos de placer. Cuando nuestra salud física es buena, disfrutamos haciendo ejercicio físico y cuando nuestra salud mental es buena, disfrutamos ejercitando la mente.

Ésta es una respuesta muy abstracta. El problema no es que sea errónea, sino que sólo resultará convincente para alguien que ya esté convencido a medias —alguien que no haya formulado la pregunta original en un tono de voz demasiado agresivo.

Vamos pues con una respuesta de nivel medio. La reflexión es importante porque forma un *continuo* con la práctica: lo que pensamos sobre las cosas que hacemos influye en nuestro modo de hacerlas, o incluso en si las hacemos o no. Puede influir en nuestras investigaciones, en nuestra actitud hacia la gente que hace las cosas de un modo distinto a como las hacemos nosotros o, en fin, en el conjunto de nuestra vida. Por poner un ejemplo sencillo, si nuestras reflexiones nos llevaran a creer en una vida después de la muerte, quizás estuviéramos dispuestos a soportar ciertas persecuciones que preferiríamos evitar si nos convenciéramos —al igual que muchos filósofos— de que tal idea no tiene sentido. El fatalismo, es decir, la creencia en que el futuro está fijado de antemano, sean cuales sean nuestras acciones, es una creencia puramente filosófica, pero que es capaz de paralizar cualquier acción. Traducido a términos más políticos, también puede expresar una cierta aquiescencia con el bajo estatus social asignado a ciertos sectores de la sociedad, lo cual puede resultar ventajoso para la gente de estatus más elevado que propicia la situación.

Consideremos algunos ejemplos comunes en Occidente. La reflexión acerca de la naturaleza humana ha llevado a mucha gente a considerar que somos esencialmente egoístas. Sólo buscamos el beneficio propio, sin preocuparnos realmente por nadie más. Un acto en apariencia desinteresado oculta la expectativa de un beneficio futuro. El paradigma dominante en las ciencias sociales es el *homo economicus*, el hombre económico que mira por sus intereses, en abierta competencia con los demás. Ahora bien, si la gente se convence de que todo el mundo es así, las relaciones entre las personas cambian; se vuelven menos confiadas y cooperadoras, más suspicaces. Ello influye en su forma de actuar en relación con los demás, y se traduce en diversos costes. Les resultará más difícil, y en ocasiones imposible, poner en marcha empresas conjuntas: pueden quedar atrapadas en una «guerra de todos contra todos», de acuerdo con la memorable expresión del filósofo Thomas Hobbes (1588-1679). En el mercado, su miedo a ser estafadas les hará incurrir en elevados costes de transacción. Si estoy convencido de que «un contrato verbal no vale el papel sobre el que está escrito», me veré obligado a pagar abogados para que elaboren contratos que impongan sanciones, y si no confío en que los abogados vayan a poner algo más de su parte que el mínimo indispensable para justificar el cobro de sus honorarios, tendré que hacer revisar los contratos por otros abogados, y así sucesivamente. Pero todo ello se puede basar en un error filosófico: interpretar las motivaciones humanas desde un conjunto equivocado de categorías y, por lo tanto, sin comprender su naturaleza. Puede que la gente sea capaz de preocuparse por los demás, o que al menos esté dispuesta a poner algo de su parte o a cumplir sus promesas. Tal vez si se propusiera una visión más optimista, la gente sería capaz de vivir de acuerdo con ella, en cuyo caso mejoraría su calidad de vida. Así pues, este momento de reflexión, destinado a poner en claro las categorías adecuadas para comprender las motivaciones humanas, es una tarea importante desde un punto de vista *práctico*. No se limita al campo de lo académico, sino que escapa de él.

Veamos ahora un ejemplo muy distinto. El astrónomo holandés Nicolás Copérnico (1473-1543) reflexionó sobre nuestro modo de captar el movimiento y se dio cuenta de que lo percibimos de forma perspectivista, es decir, que nuestra noción del movimiento de las cosas depende del lugar en que nos encontramos y, en particular, de si nosotros mismos estamos en movimiento. Cuando estamos en un tren o en un aeropuerto, a menudo caemos en la ilusión de que el tren o el avión de al lado se pone en marcha, para luego darnos cuenta con sorpresa de que somos nosotros quienes nos movemos. Sin embargo, en la época de Copérnico la vida cotidiana ofrecía menos ejemplos de ello. Del mismo modo, podría ser que los desplazamientos aparentes de las estrellas y de los planetas no se debieran a su propio movimiento, según parece a primera vista, sino a que nosotros, los observadores, nos movemos. Y finalmente resultó que era así. La reflexión sobre la naturaleza del conocimiento —lo que los filósofos llaman *epistemología*, del término griego *episteme*, que significa «conocimiento»— se encuentra, pues, en el origen del primer avance espectacular de la ciencia moderna. Las reflexiones de Einstein sobre nuestro modo de concebir la simultaneidad entre dos acontecimientos siguieron el mismo camino. Einstein se dio cuenta de que el resultado de nuestras mediciones depende de nuestro propio desplazamiento en relación con los hechos que observamos, lo cual llevó finalmente a la teoría especial de la relatividad (y el propio Einstein reconoció la importancia que habían tenido algunos filósofos del pasado a la hora de hacerle tomar conciencia de las complejidades epistemológicas de esta clase de observaciones).

Como último ejemplo, me gustaría examinar un problema filosófico en el que se ven atrapadas muchas personas cuando piensan acerca de la relación entre la mente y el cuerpo. Es habitual partir de una separación estricta entre la mente y el cuerpo, como si fueran dos cosas enteramente distintas. Esto que puede parecer una cuestión de mero sentido común puede llegar a interferir en nuestra práctica cotidiana de forma bastante insidiosa. Por ejemplo, resulta difícil comprender cómo se relacionan entre sí estos dos objetos separados. Los médicos podrían ver casi como inevitable el fracaso de los tratamientos cuando se trata de estados físicos que responden a causas mentales o psicológicas. La posibilidad de que hurgar en la mente del paciente pudiera originar algún cambio en el complejo sistema físico en que consiste su organismo podría parecerles rayana en lo imposible. Después de todo, la ciencia de toda la vida nos enseña que se requieren causas físicas y químicas para obtener efectos físicos y químicos. De este modo llegamos a un *a priori*, la certeza incuestionable de que cierta clase de tratamientos (las drogas y el *electroshock*, por decir algo) son «correctos» por definición y que otros (tratar a los pacientes de una forma más humana, mediante el consejo y el análisis) son «incorrectos»: acientíficos, poco serios y destinados al fracaso. Sin embargo, esta certeza no se basa en

la ciencia, sino en una falsa teoría filosófica, y cambia por completo si poseemos una mejor concepción filosófica de la relación entre la mente y el cuerpo. Esta mejor concepción debería hacernos ver que no hay nada sorprendente en el hecho de que exista una relación entre la mente y el cuerpo. Es bien sabido, por ejemplo, que el hecho de pensar en ciertas cosas (algo mental) puede hacer que una persona se sonroje (algo físico). Pensar en un peligro futuro puede dar lugar a toda clase de cambios corporales: el corazón late con fuerza, se aprietan los puños, los músculos se contraen. Por extrapolación, nada nos impide pensar que un estado mental como el optimismo pueda tener efectos físicos, como la desaparición de ciertas marcas o incluso la remisión de un cáncer. Si estas cosas ocurren, o no, se convierte en una cuestión empírica. La certeza incuestionable de que no pueden suceder se revela como el resultado de una mala comprensión de la estructura del pensamiento o, en otras palabras, de una mala filosofía, y en este sentido se la puede considerar acientífica. Las actitudes y prácticas de los médicos se pueden beneficiar positivamente de este cambio de planteamiento.

Así pues, la respuesta de nivel medio nos recuerda que la reflexión forma un continuo con la práctica y que ésta puede cambiar para mejor o para peor en función de la validez de nuestras reflexiones. Vivimos en un determinado sistema de pensamiento, del mismo modo que vivimos en un determinado edificio, y si nuestro edificio intelectual resulta estrecho y opresivo, nos interesa saber qué otras estructuras son posibles.

La respuesta de nivel bajo se limita a sacar algo más de brillo a esta argumentación, ya no en los terrenos limpios y bien ordenados de la economía o de la física, sino abajo, en los sótanos, donde la vida humana es menos civilizada. Uno de los *Caprichos* de Goya lleva por título *El sueño de la razón produce monstruos*. Goya creía que buena parte de las locuras de la humanidad eran el resultado del «sueño de la razón». Siempre habrá gente dispuesta a decirnos qué es lo que queremos, cómo nos lo van a dar y en qué deberíamos creer. Las creencias son contagiosas, y se puede convencer a la gente de casi cualquier cosa. Estamos típicamente convencidos de que nuestra forma de hacer las cosas, nuestras creencias, nuestra religión, nuestros políticos son mejores que los de los demás, o de que los derechos que nos ha otorgado nuestro Dios están por encima de los suyos, o de que la defensa de nuestros intereses exige maniobras defensivas o ataques preventivos contra ellos. En último término, son estas ideas las que hacen que las personas se maten unas a otras. Ideas sobre cómo son los demás, o sobre quiénes somos nosotros o sobre cómo defender nuestros intereses o nuestros derechos, son las que nos llevan a la guerra, nos convierten en opresores sin sentir apenas mala conciencia o incluso hacen que nos resignemos a ser nosotros mismos los oprimidos. Cuando estas creencias van acompañadas del sueño de la razón, el único antídoto es un despertar crítico. La reflexión nos permite dar un paso atrás y tal vez reconocer cuán ciega o desviada era nuestra anterior forma de ver las cosas, o descubrir por lo menos si existen argumentos en favor de ella o si es simplemente subjetiva. Hacer esto de forma adecuada significa, una vez más, hacer ingeniería de conceptos.

La reflexión puede ser vista como algo peligroso, ya que no hay forma de saber por adelantado a dónde nos puede llevar. Siempre habrá argumentos en contra de ella. Mucha gente se siente incómoda o incluso se indigna ante las preguntas filosóficas. Algunos porque temen que sus ideas pudieran salir peor paradas de lo que desearían si empezaran a pensar sobre ellas. Otros tal vez se sientan atraídos por las llamadas «políticas de la identidad», en otras palabras, la clase de identificación con una determinada tradición o identidad de grupo, nacional o étnica, que les induce a cerrar la puerta ante cualquier extraño que venga a cuestionarla. Cualquier crítica será eliminada de un plumazo: sus valores son «inconmensurables» con los valores de los demás. Tan sólo aquellos que pertenecen a su reducido círculo pueden comprenderlos. La gente se siente cómoda cuando se retira a los senderos trillados de la tradición y no se preocupa demasiado por su estructura, sus orígenes o incluso por las críticas que puedan merecer. La reflexión abre una ancha avenida hacia la crítica, y los senderos de la tradición acostumbran a alejarse de ella. En este sentido, las ideologías se convierten en círculos cerrados, siempre a punto para responder con indignación ante la mente inquisidora.

La tradición filosófica de los últimos dos milenios ha sido enemiga de esta amable complacencia. Ha insistido en que no vale la pena vivir la vida si uno no la somete a examen. Ha insistido en el poder de la reflexión racional para eliminar los elementos negativos de nuestras prácticas, y reemplazarlos por otros más positivos. Ha identificado la autorreflexión crítica con la libertad, de acuerdo con la idea de que sólo desde una adecuada comprensión de nosotros mismos podemos controlar la dirección en la que queremos ir. Sólo cuando contemplamos con prudencia nuestra propia situación, y la contemplamos como un todo, podemos comenzar a pensar en cambiarla. Marx dijo que los filósofos anteriores se habían esforzado por comprender el mundo, cuando en realidad se trataba de transformarlo —uno de los comentarios más célebres y absurdos de todos los tiempos y del todo desmentido por su propia práctica intelectual—. Hubiera sido mejor añadir que si uno no comprende el mundo, poco sabrá cómo cambiarlo, por lo menos hacia mejor. Rosencrantz y Guildenstern admiten que no saben tocar la flauta y sin embargo pretenden manipular a Hamlet. Cuando actuamos sin comprender, es bien posible que el mundo se haga eco de la respuesta de Hamlet: «¿Acaso creéis que soy más fácil de tocar que una flauta?».

Hay tendencias académicas en nuestra época que reaccionan en contra de estas ideas. Hay gente que pone en duda la idea misma de verdad, o de razón, o la posibilidad de una reflexión desinteresada. En general, lo que hacen es mala filosofía, a menudo sin darse cuenta siquiera de ello: ingenieros de conceptos incapaces de esbozar un plan, ya no digamos diseñar una estructura. Volveremos a tratar esta cuestión en varios puntos del libro, pero de momento puedo prometer que este volumen se alinea sin vergüenza al lado de la tradición y en contra de cualquier escepticismo moderno o posmoderno sobre el valor de la reflexión.

La leyenda completa de los grabados de Goya es «La imaginación, abandonada por la razón, produce monstruos imposibles: unida a ella, es la madre de las artes y la fuente de sus maravillas». Así es como deberíamos pensar.

Etimología de la palabra filosofía

Es muy conocido el origen de la palabra filosofía. *Philos,* en griego, significa "amor", mientras que *Sophia,* refiere a sabiduría. La filosofía es, entonces, "amor a la sabiduría". Esto es hallable en cualquier manual. Sin embargo, así comprendida, el recurso a la etimología nos quita un ingrediente esencial de este tipo de saber, que es lo que probablemente ha hecho que tantas personas, durante tantos siglos, hayan dedicado su vida – o al menos sus momentos libres – a la lectura de textos que principio parecen abstrusos. Nos referimos al condimento de la pasión. Pues "amor", en el contexto de una disciplina ligada al conocimiento, podría erróneamente llevar a creer en una suerte de "cariño", el cariño que un hobbista, por ejemplo, tiene por su actividad de domingo. Pero ese amor debe ser entendido de un modo muy diverso. En efecto, en él se involucra algo sin lo cual podríamos afirmar que la materia pierde todo interés: la pasión, el deseo. Hacer filosofía es estar apasionado por encontrar respuestas, es estar desesperado por hallar fundamentos últimos; implica, a veces, caer en el insomnio y, en otras ocasiones, querer dormir y no levantarse para no enfrentar los profundos interrogantes a que se ha llegado después de inquirir en las razones finales de todas las cosas. No es posible hacer filosofía sin contar con el deseo. Y justamente así, como deseo, es que debe interpretarse la palabra *Philos.* Lo curioso es que deseo supone carencia, falta. Uno desea precisamente cuando no tiene algo. ¿Y qué es lo que escasea aquí? Ni más ni menos que la sabiduría. Quien hace filosofía no es un *sophos,* es decir, un pretendido sabio. Por el contrario, se trata de alguien que, siendo consciente de su falta de conocimiento, pregunta y cuestiona todo. El *sophos,* en cambio, señala y amonesta; dice lo que está bien y lo que está mal, taxativamente. Solo quien sabe que no sabe es capaz de permitirse dudar. Y de quienes dudan surge el conocimiento y en ellos se afianza la sabiduría.

La sabiduría es, sin embargo, un ideal inalcanzable. Pero es a la vez la estrella del Norte, que nos posibilita avanzar. El filósofo caminará en su dirección. No se trata de un conocimiento, sino de un modo de vida y un discurso determinados por la idea de sabiduría. La filosofía nos habla de nuestra grandeza en el orden del cosmos, pero también de nuestra finitud. De esa condena de no poder acceder jamás al conocimiento completo.

Esta actitud no está reflejada con tanta contundencia en ninguna parte como en la historia del primero de los filósofos conceptuales: Sócrates. Se trata, como todos sabemos, de una de las figuras más notables, no sólo de la historia de la filosofía, sino también de la historia de la humanidad. Tanto así, que se lo ha llegado a comparar con el propio Jesucristo. Su historia nos llega principalmente de la mano de Platón. Sócrates es entonces el arquetipo del filósofo. La figura que mejor encarna el ideal de una vida contemplativa. Veamos de qué se trata y cómo se relaciona con el tema de que venimos hablando.

El mundo de los griegos era un mundo plagado de dioses, a cuya influencia se accedía a través de diversos dispositivos. El mito constituía el principal recurso para este acceso. Y todo mito se materializa en la práctica a través de la

realización de ritos. El futuro era el espacio natural de la incertidumbre, la ubicación más temible de lo indómito. De modo que la necesidad de instalarse en el mundo requería la consulta de lo porvenir. Y esto se hacía a través de la consulta a los oráculos. El más famoso de ellos era el de Delfos, en el que era posible conocer lo que todavía no era, en línea directa con Apolo.

Así, un amigo de Sócrates (Querefonte) consultó al oráculo de Delfos respecto a quién creía que era el hombre más sabio de Atenas, y el oráculo respondió que el más sabio era Sócrates. Cuando su amigo se lo contó, Sócrates se quedó asombrado, porque como buen filósofo, se creía más cercano a las preguntas que a las respuestas. Entonces, comenzó a sospechar que esas palabras tenían algún sentido oculto.

De esta manera, se le ocurrió comenzar a compararse con los que pasaban por ser los más sabios de su tiempo para determinar en qué sentido podía él ser el más sabio. Con esta idea, preguntó a los políticos qué les parecía que era la justicia. Pero cuando lo hizo, advirtió que ellos no sabían en realidad nada. Tampoco los militares podían dar certezas, por ejemplo, respecto a qué era la valentía. Después, interrogó a los poetas sobre el contenido de sus obras, y tampoco pudieron dar respuestas completas respecto al sentido de lo que escribían. De este modo comprendió que no podían ser ellos los hombres sabios que buscaba. Por último, hizo lo propio con los artesanos. Estos sí, curiosamente, sabían bien lo que hacían. Pero Sócrates se dio cuenta de que esta virtud los hacía creer que podían opinar sobre otros asuntos como, por ejemplo, la política. De este modo se dio cuenta de que los demás creían saber, cuando en realidad no sabían nada a ciencia cierta. Y lo peor es que ni siquiera tenían consciencia de esta ignorancia. En ese momento, cayó en la cuenta de lo que había querido decir el oráculo: uno es sabio cuando, justamente, cumple con la tarea de examinar las opiniones de sus conciudadanos. Comprendió que, de alguna manera, el Dios le había encomendado la tarea de mostrarle a los hombres la fragilidad de su saber, de mostrarle a los hombres sus límites. Todos creían saber, salvo él mismo, que era consciente de sus limitaciones. El más sabio es, entonces, aquel que sabe que no sabe. Somos seres limitados, finitos, cuya sabiduría es siempre nimia comparada con todo lo que se puede conocer. Este es el sentido de su famosa frase: “Sólo sé que no sé nada”.

La alegoría de la caverna

Si existe un texto que ha podido condensar de modo simple e intuible todo lo que venimos desarrollando, este no es otro que la famosa “Alegoría de la Caverna”. En esta historia simbólica, Platón exhibe a través de cuidadosas metáforas el ideal de vida contemplativa a la que solo puede llevar la práctica filosófica. Compartamos aquí una versión simplificada del escrito:

> *“Imaginá unos prisioneros que han pasado toda su vida encadenados en las profundidades de una caverna que se hunde en la tierra. Encerrados de forma tal que no pueden ver nada detrás de sí. Grilletes y cepos los fuerzan a mirar*

sólo a la pared del fondo de la caverna, de espaldas al túnel que los lleva hacia fuera. De hecho, como nunca la han visto, ni siquiera saben que hay una entrada y un afuera. Toda su realidad, todo lo que ven, es la pared del fondo de la caverna.Detrás de ellos y algo más elevada, arde una fogata siempre encendida. Y entre los prisioneros y el fuego, hay un sendero que atraviesa la cueva de lado a lado, de forma perpendicular a la entrada.

Ahora imaginá, que todo el día varios objetos pasan por este sendero. Animales y personas llevando cosas al mercado. Sus figuras, iluminadas por el fuego, crean sombras en la pared del fondo de la caverna frente a los prisioneros. Este es el único mundo que los prisioneros han podido observar alguna vez; el único mundo conocido por ellos: un mundo de sombras.

Pero un día uno de los prisioneros es liberado. Al salir, queda cegado por la luz. Pero poco a poco, sus ojos se van adaptando. El prisionero tiene por primera vez una experiencia con el mundo fuera de la caverna. Y nada es como él había imaginado.

Con esta nueva visión del mundo, volvería a la caverna a contarle a sus antiguos compañeros acerca de su increíble descubrimiento. Pero los prisioneros no pueden recordar a su viejo amigo, porque no lo ven como solían verlo. Su voz les suena como un eco distorsionado. Y su cuerpo lo ven ahora como una grotesca sombra. Ellos no pueden entender sus fantásticas historias sobre el mundo fuera de la caverna. Para ellos, ese mundo nunca ha existido. Pero el hecho de que no crean, no significa que el mundo fuera de la caverna no sea real."

Así podemos interpretar la Alegoría de la Caverna, donde el prisionero liberado es justamente aquel que de repente puede cambiar la dirección de su mirada, y buscar ascender en su conocimiento. Ya no se va a conformar con aquello que está acostumbrado a mirar; ya no va a creer que la realidad se agota en eso que puede conocer espontáneamente, sino que va a ir más allá; va a tomar distancia de lo que tiene automatizado para atreverse a enfrentar el desafío de ver de otro modo. Mientras el resto de los hombres sólo tiene una mirada superficial y considera que la realidad se agota en esas sombras que siempre vieron, alguien advierte que la realidad puede ser más profunda.

Diferencias entre filosofía y ciencia

Si bien se observa, se notará que en algunos casos los intereses de la filosofía también tienen cosas en común con los de la ciencia. En efecto, ambos son saberes críticos, es decir, opuestos al saber vulgar. Pero entonces, ¿qué diferencia a la ciencia de la filosofía? La respuesta a ello nos puede ayudar a definir mejor nuestra disciplina.

Hay preguntas que pueden responderse a través de un procedimiento fáctico. Por ejemplo, si yo me pregunto a qué hora subirá la marea, puedo consultar tablas de áreas o medirlo yo mismo. Sin embargo, no sucede lo mismo respecto a los interrogantes filosóficos, que requieren un mayor grado de reflexión y no se resuelven observando el mundo, por así decirlo.

Por otro lado, la ciencia tiene una historia progresiva en la que cada etapa supera a las anteriores y existe un acuerdo entre los científicos. Pero la filosofía no tiene un carácter progresivo ni hay acuerdo.

Hay que comprender que en las ciencias el carácter crítico es limitado. Y esto en un doble sentido. Pues, en primer lugar, se ocupan de un tipo determinado de entes (o cosas que son). Así, las matemáticas tienen como objeto de estudio los números y las relaciones y la biología, a los seres vivos. Pero, además, esta circunstancia lleva a que necesariamente haya aspectos que queden por fuera de su interés y que por ello deban partir de supuestos; esto es, de algunos elementos que no habrán de tematizarse. La ciencia, entonces, debe partir por fuerza de ciertos conceptos fundamentales sobre los que no se pregunta y que constituyen sus condiciones.

Por su parte, la filosofía constituye, por el contrario, una crítica universal. No hay nada, ni siquiera aquellas bases de las que parte la ciencia, que se escapen de su espectro de acción. La filosofía busca retrotraer el conocimiento hasta sus últimos fundamentos. Y justamente por ello, es un saber que pretende no tener supuestos: no dar nada por sentado, preguntar por todo, todo el tiempo y hasta las últimas consecuencias.

En forma de cuadro:

CIENCIA	FILOSOFÍA
RESPONDE A SUS INTERROGANTES A TRAVÉS DE PROCEDIMIENTOS FÁCTICOS.	REQUIERE REFLEXIONES MÁS PROFUNDAS.
PROGRESIVA	"ANARQUÍA DE LOS SISTEMAS FILOSÓFICOS"
PARTE DE SUPUESTOS	PRETENDE NO TENER SUPUESTOS
CRÍTICA PARTICULAR	CRÍTICA UNIVERSAL

Orígenes y Ramas de la Filosofía

Mucho se ha dicho sobre los motivos que originan en el hombre la necesidad de hacer Filosofía. Las opiniones son variadas y cada una tan valiosa como la otra.

El asombro cumple un papel fundamental en nuestro acceso a la Filosofía. Hace Filosofía aquel que posee la capacidad de asombrarse. Muchas preguntas nacen del asombro porque filosofar es como vivir maravillado, pero no ante el hecho extraño e inédito sino, básicamente, ante el hecho mismo (y mínimo) de que las cosas sean. Un poco como los niños, el filósofo es el que sigue asombrándose de las pequeñas cosas, que investiga aquello que todos consideran lo más conocido: asombrarse es ya sospechar un problema en aquello que se conoce. El hecho de que haya mundo cuando bien pudo no haber nada es, sin duda, la cuestión más movilizadora para el hombre. Se trata del asombro ante la vida diaria, ante la existencia. Esto lleva al hombre a la búsqueda de respuestas. La pregunta de Leibniz ¿por qué hay algo en vez de nada?, representa el hecho de asombrarse de que haya algo frente a la existencia, frente a la vida, a pesar de que aceptar es mucho más simple y probable.

> «Para los niños, el mundo (y todo lo que hay en él) es algo nuevo, algo que provoca su asombro. No es así para todas las personas. La mayor parte ve al mundo como algo muy normal. Precisamente en este punto los filósofos constituyen una honrosa excepción. Un filósofo jamás ha sabido habituarse del todo al mundo. Para él, el mundo sigue siendo algo desmesurado, enigmático y misterioso.»
> Jostein Gaarder, *El mundo de Sofía*

A través de la Filosofía volvemos a hacer del mundo algo misterioso, algo sobre lo que vale la pena reflexionar, algo sobre lo que vale la pena hacernos preguntas como si fuera la primera vez que lo vemos. Se trata de volver a ser niños asombrados, curiosos e incómodos ante la respuesta facilista.

Cuando el asombro nos conquista y ocupa todo nuestro interés, comenzamos a indagar por el fundamento de la totalidad de lo existente y entonces nos abocamos a la primera de las ramas de la filosofía: la **metafísica.**

La duda, no sobre cómo es el mundo, sino acerca de qué tan seguros podemos estar de que el conocimiento que tenemos sobre él sea realmente confiable, se convierte también en ocasión para la reflexión filosófica. ¿El mundo es como lo vemos? ¿Todos conocemos la realidad del mismo modo? Y si esto no es así, ¿quién tiene la verdad? ¿Quién tiene la perspectiva correcta? De modo inocente, cuando no asumimos una actitud filosófica, solemos creer que las cosas son tal cual las vemos. Sin embargo, a poco que uno comience a reflexionar respecto a esto que parece tan obvio, advertirá que nada es tan sencillo: quizás, como en el resto de los asuntos que considera nuestra materia, no ocurra que haya cosas por las que no nos preguntamos porque en definitiva

son obvias, sino que, por el contrario, tal vez nos parezcan obvias porque nunca nos detuvimos a pensar exhaustivamente en ellas.

Pensar buscando los fundamentos últimos del conocer es filosofar ejercitando la **gnoseología o teoría del conocimiento, la segunda rama de nuestra disciplina.**

Por último, **la angustia ante las situaciones límite** es considerada como motivo de reflexión. En tanto seres humanos, estamos siempre viviendo en una situación de tiempo, espacio y circunstancias. Las situaciones cambian, se suceden, pero hay ciertas situaciones en la vida que son, por su esencia, permanentes e idénticas para todos los hombres: la muerte, el miedo, el dolor, la culpa, el azar, etc. A estos momentos Jaspers los llama situaciones límite, que no se pueden evitar. Son insuprimibles, inmodificables en la vida humana, no se las puede cambiar y estas situaciones le enseñan al hombre sus límites. La auténtica Filosofía que surge de la conciencia de las situaciones límites provoca en el hombre el impulso de pensar sobre sí mismo, su vida, su relación con su cuerpo, con los otros y con el mundo. El sentido común no se equivoca cuando dice de un hombre que sabe tomar las cosas con filosofía cuando, en medio de las peores de las desgracias, mantiene la capacidad de comprensión y asume los duros golpes del destino. Ser filósofo es saber juzgar bien las cosas. La contemplación de la naturaleza puede impulsarnos a filosofar. Como Descartes señaló «basta juzgar bien para obrar bien».

La muerte es otro motivo que impulsa al hombre a hacer Filosofía. El hombre es el único ser que tiene la representación de la muerte. Tomar plena conciencia de este hecho, tiñe de cierto carácter doloroso a la existencia humana, pues sabemos que ha de parar irremisiblemente en la muerte. Quizá, si la vida no tuviera dolores ni tuviera término, el hombre no habría filosofado ni se hubiera preguntado por qué la vida es así como es. La impotencia, era para Epicteto el origen de la Filosofía. El origen del pensar está en la toma de conciencia de la propia impotencia e incapacidad respecto del control de nuestras vidas. El hombre debe aprender a distinguir entre las cosas que no dependen de él, como ciertos aspectos de su cuerpo, la reputación, los bienes, la pobreza, para dedicarse a atender únicamente aquello que sí dependen de él, como la sabiduría, la virtud, etc. Debe ser indiferente respecto de aquello que no está en su poder, y debe ser capaz de discernir la diferencia. Debe buscar las causas por las que se producen los conflictos, condenar las opiniones simples y desconfiar de ellas. La angustia es, para muchos, lo que nos mueve a pensar. La angustia no debe confundirse con el miedo ni con otros estados anímicos parecidos. La angustia no es angustia de esto o de aquello, es un peculiar temple de ánimo mediante el cual se nos manifiesta la nada. La angustia es siempre angustia de nada. La nada de la que venimos, la nada hacia la que vamos, el pensar que podríamos no haber sido nunca, es decir, que podríamos haber sido nada. La angustia es como un miedo sin objeto, un estado de zozobra sin que podamos decir ante qué.

Todos estos temas nos llevan a pensar en los modos en que deberíamos comportarnos, actuar y, en general, tomar las decisiones que necesitamos para vivir en sociedad. A todos estos aspectos se aboca la tercera gran rama de la filosofía que es la ética.

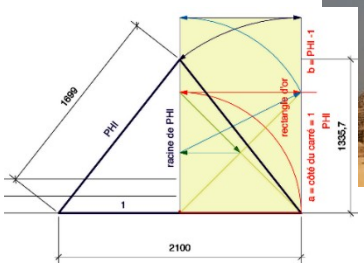
El paso del Mito al Logos

Es importante hacer notar que la filosofía no nació con la misma humanidad. Las grandes preguntas de la humanidad sí siempre fueron las mismas, pero el modo de responder a ellas evolucionó con el tiempo. Así, los egipcios, los caldeos, los sumerios, y otros pueblos antiguos desde el inicio de la historia (año 3500 a.C.) habían resuelto el asombro y la perplejidad de enfrentarse a la existencia a través de explicaciones míticas. Sin embargo, en un cierto momento que puede situarse en el siglo VI a.C., comienzan a darse explicaciones que van a tener otro tipo de exigencias; otra clase de rigores. Hablamos del *LOGOS.*

Logos, es una palabra griega que significa "palabra", pero palabra razonada, meditada, procesada. Es decir, que quiere decir "razonamiento". Y "habla" o "discurso", entendiendo que el discurso es un contrapunto, un debate, una argumentación. Las preguntas que antes se respondían a través del mito o de la religión son encaradas por una nueva manifestación espiritual. Ahora no se va a recurrir más a las imágenes, sino que se formularán las preguntas de manera conceptual, a través de la razón y sus herramientas. Ya no habrá referencias a nada sobrenatural, ya no se recurrirá a cosas cuya existencia no se puede constatar a través de los sentidos o que sean lógicamente contradictorias. Ya no habrá dioses ni relaciones entre ellos que expliquen las cosas.

Cómo se dio el cambio

¿Por qué el cambio se dio en Grecia, por qué en el siglo VI? Cuando observamos una pirámide como las pirámides egipcias, siempre se nos habla de su perfección, de la precisión con que fueron hechas. Y sabemos que los antiguos egipcios eran matemáticos.



De los caldeos, sabemos que hicieron importantísimas aportaciones a la astronomía, brindando tablas completas de observaciones sobre la posición de los astros en el cielo en los distintos días del año, que tuvieron enorme precisión, y que los mismos griegos utilizaron. ¿No fueron estos pueblos suficientemente inteligentes como para superar las explicaciones mitológicas? ¿Por qué un día en la batalla Mito vs. Filosofía, gana la filosofía, el *logos* se vuelve triunfador y se yergue como único criterio de análisis de la realidad?

En primer lugar, el cambio encuentra su explicación en la particular ubicación geográfica de la Hélade (del mundo griego). Por un lado, estando sobre el mar Mediterráneo y siendo una potencia marítima que comerciaba con las grandes civilizaciones que tenía a su alrededor, el pueblo griego desarrolló una idiosincrasia marcada por la curiosidad: pudieron intercambiar, no sólo bienes, sino saberes. Pudieron iniciar diálogos, cruzar palabras y analizarlas. Y con todo ello, rompieron el dogmatismo. Pero, además, la península del Peloponeso está quebrada en miles de islas. Esto provocó que cada *polis* o ciudad estado desarrollara pequeñas diferencias culturales: todos formaban parte de la misma civilización, pero en un caso habían incorporado un dios extra al Olimpo, o bien contaban con un concepto diferente o con diferentes costumbres, etc. Esto desarrolló una virtud muy necesaria para poder pensar filosóficamente: la tolerancia.

Claro está que con esto no alcanza. En la Grecia clásica había un grupo de personas que contaban con privilegios especiales; se trataba de los ciudadanos. Para ser ciudadano en esa época había que ser hombre (varón), mayor de edad, y libre, cosa que significaba contar con propiedades. Esto excluía a los niños, los esclavos, los extranjeros y las mujeres. Sin embargo, el *status* de ciudadanía permitía que estos hombres contaran con tiempo libre para poder dedicarse a pensar en cuestiones no necesariamente atadas a las cuestiones prácticas. Esta es una condición necesaria para hacer filosofía. Pues mientras estos hombres gozaban de ocio, otras personas tenían el ocio negado; es decir, debían dedicarse al neg-ocio: los esclavos, trabajando la tierra; las mujeres, cuidando a los niños.

Pero quizás el motivo principal para explicar la aparición de la filosofía haya sido la existencia de un sistema de organización política único por aquella época. Se trata de la democracia. Una democracia que no es como la que hoy conocemos,

en la cual votamos para elegir a nuestros representantes. La democracia griega antigua era directa. Esto significa que participaban de ella personalmente todos los ciudadanos. Cualquier cosa que tuviera que decidirse, era decidida por el propio pueblo. Esto generó que se desarrollara el arte de la argumentación, el arte del diálogo (que, justamente significa, el cruce de dos *logos* o razones).

Curiosidad, tolerancia, tiempo libre y democracia: los ingredientes necesarios para que surgiera la filosofía; un tipo de discurso que constituía un intento conceptual de describir la realidad como un todo: no esta o aquella cosa, sino todo. Un saber que, por primera vez, no servía para nada; que no constituía un medio, sino un fin en sí mismo.

ACTIVIDADES

1.- Lean atentamente el texto de Darío Sztajnsrajber y transcriban aquellos fragmentos en que ustedes detecten que aparezcan los tres orígenes de la filosofía y el desarrollo de las preguntas asociadas a sus tres ramas principales.

2.- Recojan los argumentos que Simon Blackburn desarrolla en el capítulo reproducido más arriba para responder a la pregunta acerca de para qué sirve la filosofía. Luego, realicen un breve comentario con su opinión al respecto (a favor o en contra de sus ideas).

3.- "Cuando el sabio señala el cielo, el necio mira el dedo".

Soy de la idea de que la magia, el asombro, la inspiración, no tienen tanto que ver con lo que se mira, sino con quién lo mira. Cuando fui a las Cataratas, por ejemplo, para mí caía agua de una elevación, no más. Mientras que para otros estábamos asistiendo a un espectáculo sublime que, incluso, les hacía rodar lágrimas por la mejilla. De modo que lo sorprendente, lo interesante, puede estar en cualquier parte: sólo hace falta saber verlo.

Les voy

MIRÁ QUÉ LINDA PIEDRA ENCONTRÉ, MANOLITO
¿LINDA? ES UNA PIEDRA. ¿QUÉ TIENE DE LINDO?
Y EL COLOR, LA FORMA... ¡ES LINDA!
PERO... TIENE COLOR Y FORMA DE PIEDRA. ¿ESO ES LINDO?
PARA MÍ, SÍ
¿PARA VOS SÍ? NO?
¡POBRE!...

a pedir que salgan a la calle y traten de encontrar algún elemento (puede ser una publicidad, una situación social, un grafiti, un evento, una obra de arte… ¡lo que se les ocurra!) que consideren que pueda constituirse en la ocasión de una reflexión filosófica. La idea es que describan o fotografíen el elemento elegido, cuenten qué les generó y cuáles fueron las elucubraciones filosóficas que hicieron alrededor de ello.

4.- Al pie de la letra

Hay muchas formas en que el mundo puede convertirse en objeto de conocimiento: la religión, la ciencia, el arte. La filosofía es tan sólo una de esas formas. Ni mejor, ni peor: distinta. Y por ello, con sus formas específicas. Las mismas preguntas pueden ser respondidas desde varias perspectivas. Pero hay elementos que nos permiten identificar desde qué lugar viene la respuesta. Les voy a pedir ahora que lean atentamente los siguientes textos y digan si son filosóficos o si no lo son, justificando sus respuestas. Además, en caso afirmativo, deberían

poder decir a qué rama de la filosofía pertenecen (también explicando por qué).

“En el principio Eurínome, la Diosa de Todas las Cosas, surgió desnuda del océano primigenio pero no encontró nada sólido donde apoyar los pies. Entonces separó el océano del firmamento y danzó solitaria sobre las olas. Danzó y de sus movimientos surgió un viento como algo nuevo y aparte con lo que se podía comenzar la creación. Entonces la Gran Madre Creadora se dió vuelta y tomó ese viento, lo frotó contra su cuerpo modelándolo, le dio forma de serpiente y la llamó Ofión; también conocida como Bóreas o Viento Norte.”

“El término hemisferio cerebral designa cada una de las dos estructuras que constituyen la parte más grande del encéfalo. Son inversos el uno del otro, pero no inversamente simétricos, son asimétricos, como los dos lados de la cara del individuo. Una cisura sagital profunda en la línea media (la cisura interhemisférica o longitudinal cerebral) los divide en hemisferio derecho y hemisferio izquierdo. Esta cisura contiene un pliegue de la duramadre y las arterias cerebrales anteriores. En lo más hondo de la cisura, el cuerpo calloso (una comisura formada por un conglomerado de fibras nerviosas blancas), conecta ambos hemisferios cruzando la línea media y transfiriendo información de un lado al otro.”

“Aunque no podemos definir “bueno”, ni hay demostración que pueda ser aducida para acreditar que algo es intrínsecamente bueno. podemos reconocer como tales una serie de cosas intrínsecamente buenas. El objeto significado por la palabra “bueno” sólo se puede intuir. Al decir que las proposiciones que expresan que algo es bueno son intuitivas sólo se quiere decir que no son susceptibles de prueba o demostración. Si nos preguntamos qué acciones merecen ser realizadas por nosotros podemos contestar a esa pregunta y las contestaciones son susceptibles de comprobación, positiva o negativa, por procedimientos empíricos. Nuestro deber sólo se puede definir como aquella acción que, entre las existentes en el universo, causará más bien que cualquier otra acción alternativa. El criterio relevante para acordar si una determinada acción propuesta debe ser realizada es la constatación de un nexo causal entre aquella acción y tales o cuales resultados o consecuencias.”

“Toda idea es copia de alguna impresión o sentimiento precedente, y donde no podemos encontrar impresión alguna podemos estar seguros de que no hay idea. En todos los casos aislados de actividad [operation] de cuerpos o mentes no hay nada que produzca impresión alguna ni que, por consiguiente, pueda sugerir idea alguna de poder o conexión necesaria. Pero cuando aparecen muchos casos uniformes y el mismo objeto es siempre seguido por el mismo suceso, entonces empezamos a albergar la noción de causa y conexión. Entonces

sentimos un nuevo sentimiento o impresión, a saber, una conexión habitual en el pensamiento o en la imaginación entre un objeto y su acompañante usual. Y este sentimiento es el origen de la idea que buscamos».

5.- Expliquen qué significa que la filosofía – a diferencia de la ciencia – no tenga supuestos. Busquen un ejemplo que ilustre esta idea, más allá de los dados en clase.